

S u t í a

Él había muerto. Cáncer. La familia se sintió reivindicada. No había muerto de tuberculosis ni de viejo, había muerto de cáncer: una enfermedad capitalista. Algo así como la gota o la úlcera. Una enfermedad reciente, invencible y moderna, como la TV o el "strep tease". Una enfermedad cuya solución preocupaba a los sabios estadounidenses.

Algo se había salvado. Si la muerte borraba la vida, las rencillas y las incompatibilidades, el cáncer salvaba la vida. Los actos de su vida no le habían permitido triunfar pero sí la ceremonia de su muerte. Sus pobres actos de obrero artesano; de pertinaz y vergonzoso habitante de la Casa Vieja, la casa de todos convertida en inquilinato, la casa a la cual todos menos él, por el progreso o por un casamiento afortunado habían podido dejar. Casa Vieja de paredes húmedas y malvones con olor a 1920.

"Tía ya se conformará", pensó Cristina. "Se cortará el pelo e irá a Chacarita una vez por mes: el día del aniversario. Se enternecerá de la muerte con el secreto respeto que tienen los pobres de espíritu para con el destino y depositará en la tumba un ramo de flores adquirido en uno de esos puestos cercanos a los cementerios en los que se mezcla la circunspección con el comercio. También irá el 2 de noviembre y quizá el aniversario de la muerte de la madre María. Pero esos eran detalles. Lo fundamental era esa muerte. Para ciertos hombres la muerte es el único acontecimiento real que les sucede.

—Todavía no han llegado.

Alberto le hablaba. Estaba cansado. Había soportado los primeros gritos e inclusive había aceptado conducir el duro cuerpo del muerto hasta la casa mortuoria. Su elasticidad había salvado la decadencia de los gestos. Alberto cuando se movía parecía llenar la habitación de ángulos, de toques de clarines. Ahora los colgajos negros adquirirían una importancia desmesurada. Mientras el cuerpo era depositado en ese departamento lustroso los hombres y las mujeres tuvieron oportunidad de ir hasta sus casas para cambiar de vestimenta. Alberto se levantó.

—Ahí están — murmuró.

"Son iguales que mis padres. También tienen ese aspecto de jueces

comprensivos". La madre de Alberto estiró la mano, luego se arrepintió y la basó rápidamente en la mejilla.

—Encantada, querida... en estas circunstancias.

El padre era buen mozo. Alto. No dijo nada, sólo estrechó su mano entre las suyas. Detrás de Cristina algo se agitaba suavemente. "Todos están expectantes. Hasta tía". Se endulzó y casi dijo en voz alta: "Estos son. Estos son. A esta señora le diré mamá y a este señor papá. Tienen una casa muy hermosa y son muy virtuosos. Los sábados él le lleva flores y ella le dice —mi viejo— y se toman de la mano mirándose a los ojos." Les presentó a su tía, a sus padres, a sus primos y tíos. Por un momento se olvidaron del muerto, pero oportunamente los padres de Cristina los llevaron hasta el féretro en donde quedaron unos minutos contemplando, entristecidos, la muerte de ese desconocido. Luego retornaron al salón, dividieron su matrimonio y fue el hombre con los hombres y la mujer con las mujeres. Hubo una pausa hasta que se aclimataron nuevamente. Sin embargo la presencia de esos dos extraños pesaba demasiado como para que se retornara a la espesa laxitud hogareña en que habían estado antes de esa llegada.

Todos suspiraron menos tía; tía seguía fijada a su gran asiento de cuero en un rincón de la habitación. Era la única que no se había bañado. Para ella el mundo se había cerrado por 48 horas. Afuera los hombres sufrían, amaban, trabajaban, amenazaba: proyectaban su porvenir. Adentro se inventariaba el pasado.

—¿Estás contenta?

—Sí.

—En cuanto les avisé vinieron. Era necesario que pasara algo así para que ellos se conocieran.

El fatalismo lo inundaba todo. Era necesario. Necesaria la muerte de los otros. Necesario que los padres de Alberto se sintieran atemorizados ante la familia que en su lugar los analizaba parsimoniosamente. Necesario que la familia se viera obligada a representar su dolor ante esos extraños. Si crueles son las decisiones de los enamorados, más crueles aún son las de aquellas parejas que necesitan asegurar el contenido de su amor en el juicio de los otros.

Había terminado una vida, una estupidez que caminaba. Un hombre que en su juventud había hecho huelgas y bailado en la calle y que hasta hace unos días acariciara entre sus manos, deformadas por el trabajo y el reuma, una pipa caliente como un sexo. Se había ido con el mismo paso que recorriera las veinte cuadras que separaban su casa del trabajo. Pero recién cuando se cerrara el ataúd ellos comenzarían a pensar que estaba a la vera de Dios. El alma ya se había escapado pero ellos seguían aferrados a ese cuerpo enjuto y moreno que auspiciaba, con su laxitud, una viuda y un casamiento.

Todos cayeron en el pozo del lugar común y la palabra quedó por unos instantes en manos de los hombres. Recíprocamente las mujeres de la familia de Cristina y la madre de Alberto demostraron su respeto por el hombre. Sólo la pareja gozaba de inmunidad. La inmunidad que dan los jóvenes y bellos cuerpos.

—La ola de asaltos es terrible. Nunca he visto una cosa parecida. Nuestra ciudad parece Chicago en 1930 — tanteaba la conversación el padre de Alberto.

Un comerciante, un médico, un funcionario, un dirigente de empresa industrial. Cuatro vidas y un respeto a la propiedad.

—Si todos hicieran como en el Barrio Norte las cosas serían distintas — dijo el médico pensativamente mientras restregaba sus pulgares.

La tía con los ojos entrecerrados se hundía fatalmente en el respaldo de su asiento.

—Durante siete cuadras los indignados vecinos persiguieron a los asaltantes de la sedería de la calle Santa Fe. Los policías los protegían. Si los soltaban quedaban en los faroles. Tardaron tres horas para llegar hasta la comisaría. No pudieron arrebatarles los presos. Pero si lo hubieran logrado, si lo hubieran logrado — y sumergió en su pensamiento quizá demasiado concreto como para dejarlo de lado.

—Son chiquilines. Negritos chiquilines de las villas miserias.

La pareja tomada de la mano estaba por encima de lo cotidiano. Por ellos los padres confraternizaban. Por ellos adoptaban sus actitudes más esmeradas. Cristina acarició la solapa de Alberto. Acurrucarse, acurrucarse al lado de ese muchachito alto y pálido. "Tía, pobre tía silenciosa".

—Hay que hacer como Hitler: meterlos en la cámara de gas. Hitler era una porquería, pero sus métodos eran extraordinarios.

Lo definitivo ya estaba dicho. Matarlos como a perros. Matar a esos seres que se atrevían a poner en tela de juicio la validez de sus vidas. A esos seres que creían en la rapidez, en la eficacia, y que no acataban los valores universalmente aceptados. ¿Para qué se levantaba el médico cuando lo llamaba un enfermo a las cuatro de la mañana? ¿Para qué el funcionario aceptaba las órdenes de sus superiores? ¿Para qué el comerciante y el industrial estudiaban hasta altas horas de la madrugada la manera de rebajar los costos de las mercaderías? ¿Para qué? ¿Para qué?

—Ustedes no hablan — como si fuera un reproche.

La tésura ya estaba rota. Los espejos habían reflejado la imagen esperada. Los espejos se volvían hacia los enamorados. Un hombre había muerto, otros hombres hablaban. Hablaban de cosas en las que estaban de acuerdo. Cristina y Alberto vivían el porvenir. Duros y fuertes. Eran los hijos de los nuevos constructores de la Argentina. Los hijos de los

hombres que se habían jugado en el 55. Los hijos de los que levantarían hermosas ciudades blancas, con flores e industrias trepidantes. Una Argentina con pozos de petróleo, largas avenidas, sol y campos deportivos. Una Argentina rubia. Ellos se tomaron de la mano y reclinaron sus espaldas en el mismo sillón. La viuda seguía en su rincón haciendo una larga trenza con sus dedos. Cristina se apretó contra Alberto. Nuevamente se hizo el silencio; como si retornaran a la realidad. Los padres y los hijos reunidos. La estirpe que se continuaría en medio de la honradez y la jovialidad.

Ya se habían reconocido, palpado. Ninguna diferencia los separaba. El mismo respeto por la propiedad, la misma fe en el progreso, el mismo compañerismo para con los hijos. Habría momentos en que se sentirían solos, momentos de angustia, pero en las ceremonias, en las festividades, nada empañaba el adormilamiento de sus relaciones. Y ahora había muerto el tío pobre: una parte de ese pasado de hijos de inmigrantes que si bien no los avergonzaba totalmente les producía el pequeño escalofrío que sienten los que no tienen tradición en un país de pastos y vacas. Había muerto la parte más importante; la que aún custodiaba celosamente el olor a bosta de los corralones y el sabor a pólvora de los carros tirados en la noche de Vasena. Tía era mujer. Tía era simple. Los padres de Cristina la llevarían a vivir con ellos, le enrularían el pelo y le pondrían un vestido correcto. "Junto con tío ha muerto el pasado".

Cristina no sabía si ocurrucarse aun más contra Alberto o acariciar a la tía y besarla.

—Vení, vení. Vamos con tía — dijo.

La tía en un rincón. Con sus largos pies extendidos y sus párados agonizantes. La tía los vio llegar y retornó al presente, a ese círculo de rostros cansados que la rodeaba; a esa soledad estúpida de las reuniones numerosas.

—Hijos, hijos — murmuró.

—Tía — dijo Cristina. Tomó la mano a su tía y mentalmente repetía: "Tía, tía, tía".

—Ha muerto querida. La cocina apestará a comida, ya no habrá olor a tabaco.

—Ya pasará, ya pasará — y le pegaba cariñosamente en las manos.

—Vos tenés a este chico. Yo no tengo nada.

—Bueno, bueno. — Ellos repetían las palabras como los predicadores o los políticos profesionales: tratando de adormecer los nervios.

—Ay. Mi viejo querido. Ay. — Su cuerpo tembló; se agitaba. Largos sollozos contenidos vencían los músculos de la cara que adquirirían una verosimilitud inesperada.

—No tía, no. — “No llorés, tía. No grités”. Cristina se esforzaba por ampliar su cuerpo, por adquirir la solidez necesaria como para frenar ese ímpetu desbordante, ese dolor inoportuno. “Tía no. Te compraremos un sombrero y largos guantes negros”. — No tía, no.

—¿Por qué te fuiste? Me dejaste sola entre la gente. — Gusto a conventillo en los gritos, sabor a verdulería, a peones, a tarde de lluvia. Cocina de madera y tisis. Eran las medias negras de muselina, la pileta de piedra y el sudor en los cuerpos que volvían. Que existían.

—Tía, tía. — Gruesas lágrimas corrían por las mejillas de Cristina.

Pero ella ya se había levantado, removiendo el humo de cigarrillo y el nauseabundo olor de las flores.